Columbus: Entre y el discurso

1. Introducción

*Columbus* es el título de la más reciente novela publicada por Ignacio Solares (1996), y es también el nombre de la ciudad norteamericana fallidamente invitada por Fran-

*Columbus* es el título de una de las más recientes obras de Ignacio Solares. De entrada nos encontramos con un hecho histórico convertido en un hecho literario. El análisis, motivo de este ensayo, queda insertado en la confrontación de lo ficticio y lo factual, es decir, la ficción y la no ficción.

Los defensores de la historiografía científica rechazan el discurso narrativo pues señalan que éste no puede representar “fielmente” la realidad. Sin embargo, las teorías actuales, consideran que los discursos ficticio y factual no deben centrar su problemática en cuanto al conocimiento del mundo, sino más bien en su articulación como sistemas semiológicos diferentes.

*Columbus* is the title of one of the most recent works by Ignacio Solares. Upon reading it, we find historical facts converted into narrative fact. The motive for analyzing this essay is to examine the confrontation between the fictitious and the real, or factual.

The defenders of scientific historiography reject narrative discourse, saying that it cannot faithfully represent reality. Nevertheless, present theorist consider that factual and fictitious discourse should not be judged according to their knowledge of the world, but only on their articulation, since the two are semiologically different.
discurso fictivo actual

cisco Villa en 1916. De entrada, nos encontramos ante un hecho histórico convertido en un evento literario, gracias a los innegables vínculos de lo histórico con lo novelístico en esa relación existente con la representación histórica en el discurso literario. Más aún, Columbus se presenta como ejemplo para mostrar que los relatos histórico y literario se unifican en el plano narrativo.

El análisis, motivo de este ensayo, queda pues inmerso en la polémica de lo ficticio y lo factual, es decir, del relato de ficción y el relato de no ficción. En la actualidad, los defensores de la historiografía científica critican el discurso narrativo, rechazan la narratividad, merced de la idea generalizada de que no puede representarse fielmente la vida real “como algo dotado del tipo de coherencia formal que encontramos en la narración convencional, formal o fabuladora” (White, 1992: 11). Tradicionalmente la Historia, desde sus orígenes, es entendida como el “agregado” de relatos vividos individual y colectivamente, por lo que el historiador reduce su actividad a la revelación y reescritura de aquéllos en una narración, aceptada como verdadera siempre y cuando se corresponda con el relato vivido que dio origen a su discurso; en este sentido, lo literario sólo aportaba “retoques” de estilo, importante en cuanto hacían expresivo el discurso logrando captar el interés de los lectores. Sin embargo, Hayden White opina que:

las teorías actuales del discurso disuelven la distinción entre discursos realistas y fictionales sobre la base de la presunción de una diferencia ontológica entre sus respectivos referentes, reales e imaginarios, subrayando su común condición de aparatos semiológicos que producen significados mediante la sustitución sistemática de objetos significativos (contenidos conceptuales) por las entidades extradiscursivas que les sirven de referente. (11-12)

A los discursos ficticio y factual no los separa un problema ontológico de comprensión del mundo, en realidad, se unifican en tanto ambos son estructuras sgnicas. Es decir, que el problema no es de conocimiento del mundo, se trata más bien de su articulación en sistemas semiológicos diferentes. Demostrar esto es la finalidad de abordar Columbus.

2. ¿Relato fictivo vs relato factual?

Partamos de un hecho significativo: supuesto que los relatos históricos tengan como fuente un acontecimiento real, conocido y comprobable en tanto se trata de actos de lenguaje inscritos en la sociedad, en parámetros de cultura que la literatura comparte; así, tanto los sucesos como los personajes que en la Historia intervienen son susceptibles de ser ficciona-
lizados. Tenemos, entonces, ambos tipos de relato: el literario y el histórico contribuyen a ampliar una visión de la relación Hombre-Mundo, al configurar la realidad con nuevos criterios, permitiéndole al lector encontrar, conocer y generar sentido al descubrir y trascender semejanzas: el mundo se articula desde el momento en que el hombre escribe; es decir que la realidad, conceptualizada y mediatizada por el discurso, transita hacia el hombre quien la representa, entonces, Literatura e Historia son discursos cognitivos que crean conocimientos al ampliar el horizonte de expectativas del lector. El horizonte primario (constituido por la experiencia de vida) crece en tanto que el horizonte secundario (mediado por el horizonte primario y lo que se va a conocer) avanza. La Literatura y la Historia deben ser entendidas como la configuración de la realidad (mundo), nunca como su reflejo, y, desde el punto de vista de hermenéutica ricoeuriana, posibilitan la apropiación de lo que antes le era ajeno al hombre.

Tanto el discurso ficcional como el factual son formas de relato que comparten un hilo común: considerando que contar es un "juego" del lenguaje, ambos discursos tienen una estructura narrativa mutua, las frases narrativas que se encuentran en cualquier relato y que por característica general se refieren a dos acontecimientos separados en el tiempo: "una frase narrativa describe un evento A en referencia a un evento futuro B que no podría ser conocido en el momento en que A se ha producido" (Ricoeur, 1994: 28).

En este punto es imprescindible apuntar que la Historia, en el sentido de la historiografía, produce un discurso de pretensiones explicativas respecto al pasado, se refiere A como "causa" y a B como "consecuencia", lo que queda en medio de ambas es la explicación histórica de cómo una lleva a la otra y de lo que sucede en este tránsito; entonces lo que se narra se refiere al pasado, es decir, se relata ahora lo que sucedió antes, utilizándose las formas del pretérito para conseguirlo. La literatura no tiene necesariamente que ser explica-

tiva, es más: no debe serlo, transgrede un orden cronológico sólo para formar otro; en Columbus, por ejemplo, se presenta una cronología interna organizada en prolepsis y analepsis que le otorga al texto y al acontecimiento central de la narración. La incursión de Francisco Villa a Columbus, un sentido de "pasado" y puesto que el narrador relata los hechos en un presente, no es permisible referirnos a un tiempo y un pseudo tiempo que se traducen como el "ahora" y "ahora de la novela, en tanto el discurso está a cargo de un narrador, un "yo" que relata la historia y al hacerlo reactiva el pasado.

Raymond Aron quitó a la historia el privilegio de que se jactaba al pretender reconstituir la "verdad" de lo ocurrido. La historia "objetiva" sostenía, por lo demás, con esta idea de una "verdad", un modelo sacado de la filosofía de ayer o de la teología de anteayer, se contentaba con Traducirlo en términos de "hechos" históricos... Los días jubilosos de ese positivismo se acabaron, y bien acabados están. (Perus. 1994: 31-32-33)

Sin embargo, hoy día, hay quienes aún defienden la cientificidad de la Historia y su divorcio total con la Literatura, negando cualquier relación entre ambas, definiendo a esta último como sinónimo de ficción y subjetividad en oposición a la veracidad y objetividad que suponen los discursos de no ficción; negándose a aceptar que la unión entre Historia y Literatura proviene del acto narrativo mismo y deviene en la elaboración de discursos histórico-literarios cuya trascendencia radica precisamente en la capacidad de unificar ambos discursos en uno solo como estructura semiológica.

Por otra parte, cabe señalar que la Historia recurre, también, a textos literarios como fuentes para la elaboración de su propio discurso. Por ejemplo, para la reconstrucción histórica de la Conquista de México, son fuentes obligadas de consulta para el historiador: Las Cartas de Relación de Hernán
Cortés, La Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España de Bernal Díaz del Castillo, La Historia General de las Cosas de Nueva España de Fray Bernardino de Sahagún, La Breveísima Relación de la Destrucción de las Indias de Fray Bartolomé de las Casas, y Crónica Mexicana e Historia Chichimeca de Hernando Alvarado Tezozómoc y Fernando de Alba Ixtlixóchitl, respectivamente, por señalar sólo algunos de los textos del género de la crónica que, como sabemos, tienen mucho de fantástico en su contenido.

Otro rasgo importante a considerar en esta discusión sobre la relación de Historia y Literatura, lo aporta W.B. Gallie para quien la Historia (Story) “es una forma particular de relato” y seguir un relato implica comprender la historia en función del desarrollo de las acciones que, al presentar una dirección particular, conduce al lector a una expectativa de conclusión final

Una conclusión narrativa no puede ser deducida ni predicha. No hay historia sin que nuestra atención sea tenida en vilo por sorpresas, coincidencias, encuentros, revelaciones, reconocimientos, etcétera; por eso, es necesario seguir la historia hasta su conclusión, la cual, en lugar de ser previsible, debe de ser aceptable. (Ricoeur, 1994: 31)

Lo que señala Gallie, son rasgos comunes de los relatos ficticios y factual, en tanto la lectura de los relatos factuales se encuentra supeditada al interés que despierta aquello sobre lo que se va a leer y, por supuesto, a la competencia del lector para seguir historias. Acaso ¿no son éstos, también, elementos de la literatura y, aún más, de la lectura de lo literario? En el texto ficticio el curso de las acciones lleva a la conclusión, ésta debe ser verosímil en cuanto a lo narrado en el propio texto, aunque no necesariamente debe ser aceptable. Aquí cabe preguntarse: quién hace y escribe la Historia, quién la Literatura, quién se encarga de inscribir ambos discursos en la sociedad; evidentemente que la respuesta es obvia: el hombre. Y Gérard Genette dice con razón, que tanto el relato ficticio como factual se comportan:

[…] de manera diferente en relación a la historia que “cuentan”, por el solo hecho de que esta historia es un caso (supuesta de ser) “verdadera” y en el otro ficticia, es decir inventada por quien al presente la cuenta, o por algún otro de quien la recibe. Preciso “supuesta de ser” puesto que sucede que un historiador inventa un detalle o compone una “intriga”, o un novelista se inspira en un hecho diferente del ficticio: lo que cuenta en este caso es el estatuto oficial del texto y de su horizonte de lectura. (Genette, s/f: 133)

Así entonces, un relato narrativo-literario no debe ser necesariamente catalogado como ficticio, puesto que no lo será exclusivamente en tanto expresa, como todo aparato semiológico, un conocimiento y una articulación del mundo a partir de la estructura sínica que le es propia y porque, además, la Literatura no siempre parte de un hecho de ficción para elaborar un relato a una narración; por otra parte, podríamos agregar que un relato historiográfico se sustenta en lo que el historiador denomina fuentes primarias: documentos de archivo, cartas, registros, censos, libros de cabildo, etc., y fuentes secundarias como la historia oral o la revisión bibliográfica. Las fuentes de la historia no son otra cosa que actos de lenguaje, casi siempre escritos y con cierto carácter de antigüedad, es decir, “creados” en el pasado; la lectura de tales fuentes orilla al historiador en su tarea de interpretación a leer entre líneas, a inferir ciertas relaciones y, en este sentido, a incurrir en lo que Genette señala como inventar un “detalle” o componer una “intriga”. Las anteriores reflexiones nos sirven de fundamento teórico para adentrarnos en el análisis de Columbus.
3. Interdiscursividad en Columbus

Como señaló ya al principio del ensayo, en esta novela coinciden los discursos ficticio y factual y para demostrarlo me centraré en la figura de Luis Treviño, que funciona al mismo tiempo como “narrador” e “historiador”. “Narrador” porque es él quien relata e “historiador” porque en el transcurso del relato incorpora, como estrategia del autor para lograr verosimilitud, datos históricos; de tal suerte que éstos últimos me permiten localizar en toda la novela la coincidencia de lo ficticio y lo factual. Los recuerdos para lograr la verosimilitud en Columbus consisten en la utilización de nombres de personajes y lugares reales (Pancho Villa, Venustiano Carranza, Álvaro Obregón, Emiliano Zapata, etc. Ciudad Juárez, Cusihuiriáýchic, etc.), de extractos de documentos históricos que en la novela aparecen en cursivas, de hechos históricos como la invasión norteamericana a México, vía Veracruz, en 1914 (dato que además es de suma importancia, entre otros, para entender en la novela el ataque en Columbus) así como la presencia de marcas temporales explícitas.

El parangón que estableceré aquí, entre la Historia y la novela, servirá para advertir la manera en que cada tipo de relato articula la realidad; partiendo del hecho ya mencionado en párrafos anteriores de que ambos relatos, el fictivo y el factual, son estructuras sépticas cuyo problema no es ontológico respecto al conocimiento del mundo, lo que haré, entonces, no es validar lo que dice la novela porque se encuentre también en la historia, o viceversa, sino poner en un mismo plano lo que cada discurso cuenta; estrategia que, finalmente, avalará la coincidencia de lo ficticio y lo factual en este texto.

El historiador Alan Knigth, señala que en 1915 aparecieron publicados en El combate, periódico villista de Aguscalientes, algunos artículos denunciando la “obra criminal” de Estados Unidos en contra del gobierno mexicano y culpando a Venustiano Carranza de ser cómplice de tales políticas. Esta “obra criminal” aparece en Columbus narrada por Treviño de la siguiente manera:

Por a finales del año quince volvieron, fuertes, los rumores de que ahora la invasión sería por nuestros rumbos, por el puente del Rio Bravo. Que una mañana nos despertaríamos en Ciudad Juárez ya con los gringos encima de nosotros [...] En noviembre apareció en El paso Herald un artículo, tomado del World de Chicago, de lo más revelador [...] Tenemos el deber moral de apoyar la decisión del presidente Wilson de invadir a México definitivamente. El pueblo mexicano ha demostrado que no es bastante fuerte y solo como para gobernarse de una manera estable y eficaz. (Solares, 1996: 13)

Por otra parte, la Historia señala que, cuando perdió fuerza la llamada División del Norte, Villa se convirtió en guerrillero y algunos de sus hombres se unieron a Carranza para luchar en las siguientes campañas donde se enfrentaron a sus antiguos correligionarios villistas que habían permanecido fieles a su jefe. La fragmentación de sus tropas obligó a Villa a esconderse en la sierra para vivir como un bandolero y a deshacerse de las soldaderas; en la novela, Luis Treviño narra este acontecimiento y al hacerlo se advierte un cambio en la personalidad de Francisco Villa que raya en la paranoia:

La verdad es que la antigua División del Norte, magnífica y terrible a la vez, se había vuelto casi inexistente, fraccionándose en pequeñas bandas cada vez más frágiles, que terminaban por esconderse en las montañas o se iban quedando diseminadas en sus pueblos o rancherías.

Cuando ya se había desmembrado la División del Norte y Villa andaba por la sierra en plan de guerrillero [...] por las noches [...] nos deja acampados, revisa
bien a ver si no falta alguno y luego se monta y desaparece. Nadie puede seguirlo porque les avienta un plomazo. Aunque te den ganas de una necesidad, si crees que él pueda andar por ahí, no te muevas, aguántate, quedate donde estás, porque si vas a un arroyo o te acercas a una cueva a lo mejor él está cerca, cree que lo andas espianando y no te perdonas [...] se decía, Villa se habría vuelto cruel hasta con su propia gente; convertirse en guerrillero, en bandolero, en roba vacas de la pobre ralea. (Solares, 1996: 35, 36, 87, 115)

Respecto al abandono de las soldaderas, la Historia refiere que Villa, en un arranque temperamental, prohibió a sus hombres la compañía de las mujeres por considerarlas un estorbo innecesario. La novela dice así:

Villa no quiere más soldaderas en su ejército por los problemas que le han provocado. Cree que un ejército moderno debe estar formado únicamente por hombres que ocupen todos los puestos de línea, sin la monserga de traer atrás a las viejas corriendo desafemadas, tropezándose y volviéndose a levantar, con sus escuincles moquientos, sus ollas, sus cacerolas, sus peroles y sus aperos para dormir. Voy a contarte algo que te va a poner la piel chinita [...] El conflicto entre Villa y las soldaderas tronó definitivamente hace unos meses, cuando les arrebató a los carrancistas la estación ferroviaria de Santa Rosalía Camargo [...] Unas noventa soldaderas y sus hijos fueron hechos prisioneros [...] del grupo de las soldaderas una bala silbante atravesó el sombrero de Villa, quien se enfureció [...] fue con ellas [...] y con su voz más dura, les ordenó que se largasen a la culpable [...] amenazó con fusilarlas si no hablaban [...] probó soltándose un plomazo certero a la que tenía más cerca [...] La mujer herida cayó al suelo desgajada [...] entonces Villa gritó: “¡Pinches viejas tercas, púdranse!” y dio la orden de que las fusilaran ahí mismo, enseguida, con todo y sus hijos, que de todas maneras ya huérfanos para qué iban a servir. (Solares, 1996: 96, 97)

Respecto a la leva, la Historia señala que Villa al convertirse en guerrillero reclutó por la fuerza a la gente del lugar (Chihuahua y en general los estados del norte de la República, donde operaba), actuado arbitraria e irresponsablemente. Se hicieron comunes los robos y las intimidaciones, se aplicó la Ley Marcial fusilando sin averiguaciones a los sospechosos de espías y desertores; todos estos actos contribuyeron a forjar la leyenda negra de Pancho Villa, de él circularon historias atroces que infundían temor entre la población. Este asunto es narrativizado en la novela en los términos siguientes:

[...] en efecto, Villa y sus partidarios [...] estaban reclutando [...] hombres con ganas de pelear contra el traidor de Carranza y contra los gringos [...] Incluso, por primera y única vez, Villa había decidido romper con una tradición de la División del Norte: la de sólo aceptar voluntarios en sus filas, y había adoptado la dolorosa pero necesaria modalidad del reclutamiento forzoso. Aquellos que se rehusan a unirse, serán fusilados. Aquellos que se escondan y no se les encuentre, sus familias pagarán la pena. Particularmente con quienes desertaran, Villa no tenía piedad, y en los poblados de Namiquipa y las Cruces ya había habido varios ex-villistas fusilados por rehusarse a regresar a sus filas [...] La gente se escondía en sus casas [...] para escapar de la leva. (Solares, 1996: 86, 68, 87, 113)

La Historiografía de la Revolución Mexicana registra que después del reconocimiento que Estados Unidos hizo al gobierno de Carranza, y del desastre que resultó para Villa la campaña sonorense y la derrota de Agua Prieta, el
jefe militar, que antes había mostrado simpatía con los yanquis y regalaría al General Scott un sarape de Saltillo, juró “ajustar cuentas” con aquel país e hizo público un manifiesto censurando al gobierno estadounidense por haber reconocido a Carranza y acusando a este personaje de permitir la adquisición norteamericana de la Bahía de Magdalena y del ferrocarril de Tehuantepec, de haber aceptado un préstamo del país vecino; en una palabra, de haber vendido a la nación. En 1915, crecieron los rumores de agresiones villistas a ciudadanos norteamericanos avencindados en México e incluso se hablaba de una incursión hacia Columbus; los villistas atacaron Asarco en la región de La Laguna y Sierra Mojada de Coahuila. Uno de los más sangrientos sucesos de esa época aconteció en 1916 en Santa Isabel en donde Pablo López, por órdenes de Villa, capturó y asesinó a 17 ingenieros de minas norteamericanas que viajaban hacia Cusihuiriachic; acontecimiento que en Columbus se narra así:

El manifiesto que había lanzado Villa en Naco, Sonora, y publicado en el periódico villista Vida Nueva (en él) acusaba a Carranza de venderse a los Estados Unidos y de aceptar condiciones que ponían en serio peligro nuestra soberanía: a) una concesión por noventa y nueve años que otorgaba a Estados Unidos derechos sobre la Bahía de Magdalena, Tehuantepec [...] Los ferrocarriles de México debían ser controlados por un consejo directivo en Nueva York, hasta que las deudas fueran pagadas a este consejo [...] Todo iba bien mientras Villa la llevaba ganada [...] Pero se vino el pleito con Carranza, la derrota de Celaya, y la mala suerte de la expedición a Sonora [...] y después de la derrota de Agua Prieta producto, por cierto, de la traición de los gringos, quienes permitieron a los carrancistas bajar por sus tierras para reforzar su guarnición [...] Pero si Villa había sido pro gringo hasta hace poco [...] cuando la invasión a Veracruz [...] Villa aceptó los hechos y aceptó no intervenir? Incluso, le mandó un sarape de Saltillo al general Hugh L. Scott, encargado de la invasión [...] El seis de enero de ese mil novecientos diecisésis se dio, en el hotel Paso del Norte de el Paso [...] un banquete en honor del general Alvaro Obregón. El motivo: haber derrotado en Celaya, ahora s f en forma definitiva, a Francisco Villa [...] Charles Watson [...] gerente de la compañía minera Cusi Mining [...] insistió: ¿no habría peligro en que viajara con veinte de sus colaboradores [...] a las minas [...] ¿por qué no les ponía una pequeña escolta que los acompañara a Cusihuiriachic? [...] Se tomaron las medidas pertinentes para asaltar el tren y darles una pequeña lección a los gringos [...] Se le encomendó la delicada misión al capitán Pablo López [...] alcanzamos al tren que llevaba el vagón con los gringos, poco antes de que llegara a la estación de Santa Isabel [...] Pablo López clamaba [...] Que no quede ningún maldito gringo escondido por ahí [...] A punta de balazos los saqué [del tren y] Pablo López les ordenó que se desnudaran [...] porque en esa forma iban a ser fusilados (Solares, 1996: 35-87-88-109-155-158-160-161).

Otro aspecto de la historia de Villa encontrado en la novela y que coincide con la historiografía, tiene que ver con su actuación al frente del gobierno de Chihuahua, en donde Francisco Villa organizó escuelas de disciplina militar con la finalidad de preparar a los futuros defensores de México:

[Villa] creía que con “tierra para el pueblo y escuelas para los niños” resolvería todos los problemas del país. Estableció más de cincuenta escuelas en el breve tiempo de su gobierno militar —veía a un grupo de niños pobres jugando en la calle y ahí mismo les
mandaba abrir una escuela— repartió cuanta tierra pudo, estableció un decreto por el cual se expropiaban sin indemnización las haciendas más ricas [...] y puso también a sus soldados a estudiar (Solares, 1996: 109-110)

De acuerdo al discurso historiográfico, Villa debido a su resentimiento contra Estados Unidos, preparó el ataque a Columbus y envió una carta a Emiliano Zapata invitándolo a unir fuerzas para invadir aquel país, entre los motivos para tal hazaña se encuentran las vejaciones de que eran objeto los mexicanos que intentaban cruzar la frontera, el reconocimiento al gobierno de carranza y la actitud del presidente Wilson respecto a México y sus pobladores. De esto la novela también da cuenta:

[...] me enteré de que en el puente del río Bravo habían quemado vivo a un grupo de treinta y cinco mexicanos que intentaba cruzarlo-legalmente-rociamien- tos con queroseno y luego prendiéndoles fuego, ya no lo dudé y me uní a los villistas en su ataque a Columbus para, simplemente, adelantarlos a ellos [...] (la actitud norteamericana hacia los mexicanos se hacía patente en los periódicos): eramos la degradación, la descomposición, la pudritura, la gusana. Y si nos describían, decían: una frágil armazón de huesos quebradizos recubiertos de un pellejo reseco y moreno [...] tengo entendido que Villa ya se puso de acuerdo con Zapata para que lo apoye [...] años después descubrí publicada en un libro la carta que, días antes de la invasión a Columbus, le mandó Villa a Zapata, y que [...] dice: Verá usted que la ventana de la patria es hoy un hecho, y en tales circunstancias y por las razones expuestas anteriormente, decidimos [...] prepararnos y organizarnos debidamente para atacar a los americanos en sus propias madrugueras [...] le suplico me diga si

está de acuerdo en venirse para acá con todas sus tropas y en qué fecha [...] y juntos emprender la obra de reconstrucción y engrandecimiento de México, desafiando y castigando a nuestro verdadero enemigo. (Solares, 1996: 13-14-62-72-73)

Con la finalidad de apreciar de qué manera abordan la Historia y la Literatura el ataque de Francisco Villa a Columbus, es necesario insertar aquí dos citas extraídas de discursos históricos y la información que al respeto aparece en la novela en labios de Luis Treviño:

Bajo cualquier pretexto, Villa ataca Columbus movido por una pasión humana, demasiado humana: la venganza [...] La madrugada del 9 de marzo de 1916 Villa ataca la pequeña población fronteriza de Columbus. El asalto dura hasta el mediodía. Hay incendios, violaciones, saqueos a bancos y comercios, cuantiosos robos de armas y caballada, y varios muertos entre la población civil. Antes de que los refuerzos lo detengan, Villa cabalga satisfecho: ha propinado a los gueños invasores la única invasión de su historia (Krauze, 1987: 91).

A principios de marzo se informó que Villa se dirigía a la frontera; algunos creyeron que tenía intención de cruzar pacíficamente para exponer su caso ante Woodrow Wilson. Quizá fue un disfraz deliberado.

A las 4 de la madrugada del 9 de marzo, varios centenares de villistas atracaron el pueblo de Columbus, situado a algo más de 3Km de la frontera, en el estado de Nuevo México.

A pesar de que los atacantes —que gritaban Viva Villa— parecían estar, familiarizados con el lugar-tomaron por sorpresa a la guarnición, ésta los rechazó (los que en ese momento estaban preparando el desayuno utilizaron "pelapapas,
cuchillos de mesa y cuchillas de carnicero”); cuando los villistas se retiraban dejando varios muertos un destacamento los persiguió a través de la frontera (Knignt, 1996:919) (Narra Luis Treviño)

Por desgracia, como estaba tan oscuro la noche que entramos a Columbus, confundimos los establos con los dormitorios de la guarnición y matamos un montón de caballos en lugar de soldados lo que les permitió organizar la contraofensiva. El triste resultado final fue de sólo diecisiete gringos muertos, en su mayoría civiles, a cambio de más de cien de los nuestros y muchos heridos [...] pero Villa no entró a Columbus, se quedó en Palomas y Pablo López salió al frente de la columna [...] Por instrucciones del propio Villa, habfa que saquear el banco, una tienda llamada Lemony and Payne, y sobre todo detenerse en el hotel Comercial para pedirle cuentas a un tal Samuel Ravel quien le debía unos rifles Springfield que ya le había pagado [...] Entramos exactamente a las 4:15 de la mañana al grito de Viva México mueran los gringos. (Solares, 1996: 14-64-119-123-170-172-173).

En el primer caso, nos encontramos ante un narrador en tercera persona que conoce los móviles de Villa para atacar Columbus: la ven ganza y lo que ella significa como pasión humana y ante la cual cualquier pretexo es válido: “Bajo cualquier pretexo”. El Autor-Narrador de este discurso, siguiendo con la tradición de levantarle altareas a los “próceres” de la Historia, da el primer paso para articular a un Villa como héroe épico: “Villa cabalga satisfecho” pero no por eso deshumanizado, al contrario, “movido por una pasión humana: demasiado humana”, es el hombre capaz de propinar “a los gíneros invasores la única invasión de su historia”. Se configura entonces a un Villa humano y héroe; el narrador no requiere precisar los motivos de la invasión ni la hora en que se llevó a cabo el ataque, le basta decir que fue en la madrugada, tampoco necesita explicar la localización geográfica exacta de Columbus, ¿para qué? La configuración de su narratorio se da en términos de lectores mexicanos que lo único que necesitan saber es que, alguna vez, un mexicano invadió Estados Unidos.

El segundo caso corresponde también a un Autor-Narrador que relata en tercera persona y que difiere del primero en cuanto si proporciona la hora del ataque, si en el primer texto se conceptualiza a Villa como un héroe, en éste los soldados norteamericanos son los valientes pues a pesar de haber sido tomados por sorpresa, se aprestaron a defender su patria con “pelapapas [y] cuchillos de mesa”; se infiere que los posibles narratorios sí requieren saber la localización exacta de Columbus por eso el narrador da la referencia: “3 Kms. de la frontera, en el estado de Nuevo México”. En este texto se configura a un Villa sagaz e inteligente, capaz de hacer creer que su intención de ingresar a Estados Unidos era pacífica. “Quizá fue un disfraz deliberado” y conocedor del territorio motivo del ataque: “parecían estar familiarizados con el lugar”; sin embargo, su inteligencia no fue factor de triunfo, su valentía y la de sus hombres fue menor a la de los soldados de la guarnición que a pesar de lo sorpresivo del ataque rechazaron a los villistas y “[la guarnición] los persiguió a través de la frontera”. En este texto no aparecen términos como “gíneros” o “gringos” a diferencia de la narración de Krauze y la de Luis Treviño, personaje narrador de Columbus. Además, no menciona la fuente de donde tomó aquello de los “pelapapas”, los “cuchillos de mesa y cuchillas de carnicero” que en el texto aparece entremoillado lo que hace pensar en otra voz, diferente a la del narrador, de donde se obtuvo tal información y nos recuerda lo dicho por Genette respecto a que el historiador puede inventar un detalle o construir una “intriga”.

En cuanto a lo que hace el relato en la novela, éste se encuentra, a diferencia de los dos
Columbus, entre el discurso fictivo...

primeros textos, a cargo de un Narrador (no Autor) en primera persona que aporta una valoración diferente a la de Krauze, pues al decir “triste resultado” refiriéndose al ataque, denota una valoración negativa en oposición a aquel Villa que cabalgó satisfecho; la configuración que realiza de Francisco Villa no es la del héroe humanamente vengativo, ni la de sagaz estratega, puesto que no entró a Columbus para participar en el ataque y dio órdenes de que se robara el banco y se ajustaran cuentas con el hombre que le debía los rifles; por tanto se trata de un hombre que finalmente no entendió la magnitud de la acción que se realizaba, no obstante que al planear el ataque argumentara la necesidad de acabar con el verdadero enemigo de México. Luis Treviño configura a su narratorio debido a su necesidad de contar los hechos, la escritura para el narrador es importante: “Ya te decía que tenía la intención de ser periodista”, al no conseguirlo y quedarse atendiendo un bar en El Paso Texas, Treviño construye un narratorio que pueda, por fin, escribir la historia que él nunca escribió, a partir del relato que le refiere en una noche.

Como la diferencia entre un Autor-Narrador y un Autor no Narrador no determina que un texto sea factual o ficticio, cualquiera de los dos primeros textos podría haber sido escrito por un novelista: tan frágiles y ambigas son las fronteras entre lo ficticio y lo factual. No existe en estos últimos un uso de recursos del lenguaje particular, descripciones, adjetivos, etc. que los haga diferir de la novela. En resumen, se trata de narraciones que operan en forma similar en tanto se trata de estructuras sígicas: son relatos conformados por frases narrativas y a partir de ahí articulan la realidad y generan sentido.

De acuerdo con Noé Jitrik, la novela histórica surge en tiempos de crisis; esto se aplica al siglo XIX pero también al XX, basta una mirada a la producción literaria de América Latina en los últimos años para comprender que esos huecos que la Historia y en general las ciencias sociales están dejando, de alguna manera, son cubiertos por la Literatura en esta época en que vivimos la crisis de fin del milenio donde los paradigmas neoliberales han demostrado su ineficacia para la resolución de los problemas más graves por los que atraviesa la sociedad:

por cuanto que la Historia se ha vuelto de nuevo opaca, y por cuanto que la ficción vuelve, a sabiendas o no, a ser ese texto que interroga el pasado ansiosa o lúdicamente, mientras que la Historia como disciplina (pese a su mediataización, a la pasión que ha podido despertar) no escapa a una verdadera crisis de racionalidad e intenta ubicarse en los límites de lo biográfico, lo anecdótico (regreso al relato después de la hegemonía de las estructuras), entre Historia y Memoria. (Perus: 1994: 299).

Luis Treviño habla de Villa con un entusiasmo que poco a poco habrá de convertirse en desilusión, así, tanto al inicio como al final de la novela el narrador dirá: “En realidad, no fue tanto por irme con Villa como por joder a los gringos”. Tras la figura de Villa, de su exaltado carácter y polémico proceder, subyace un fuerte sentimiento nacionalista y por tanto antiyanki (“son los Estados Unidos. Nomás por eso”) que se apropia, cuestiona y expone en el acontecer de la obra Luis Treviño. La invasión norteamericana a Veracruz en 1914 es un indicador de ese sentimiento antiyanki que va creciendo conforme los atropellos norteamericanos hacia México se expresan en Columbus en labios del “narrador” “historiador”, Luis Treviño: los baños profilácticos, las declaraciones de Wilson, su reconocimiento al gobierno carrancista, etcétera.

El desencanto de lo que representaba Villa en ese momento: el héroe, el único hombre capaz de dignificar a México y vengar tanta afrenta norteamericana, lo enuncia Treviño al ir dando a conocer, en el desarrollo del relato, las múltiples facetas de la personalidad del llamado Centauro del Norte; desencanto
ante el cual la respuesta es simple pero innobjetable: “Así es Villa, ni modo, qué le vamos a hacer”.

Ignacio Solares, Enrique Krauze y Alan Knight, en cada uno de los textos analizados, configuran la realidad, configuran al mundo, generan sentido. Con la articulación de ambos discursos, el histórico y el literario, *Columbus* es un relato de ficción en comúnión con el discurso factual, en tanto, como hemos dicho, ambos son actos del lenguaje, sistemas semiológicos que no están separados por un problema ontológico de conocimiento del mundo, no se excluyen; por el contrario, su unión resulta en discursos cognitivos, tanto como lo son por separado la Historia y la Literatura.

**Bibliografía**

Cosío Villegas, D. (Coord.)

Krauze, E.
1987 *Francisco Villa, entre el Ángel y el Fierro*. Biografías del poder No. 4, México, FCE.

Aguilar Camín, H.
1988 *La Revolución que vino del Norte*. Tomo III. México, Océano.

White, H.

Ricoeur, P.

Perus, F. (Comp)

Knight, A.

Solares, I.
1996 *Columbus*. México, Alfaguara.

Genette, G.